

Novedades Bibliográficas

El Editor



La mirada al viento

Antioquia vista por un fotógrafo del siglo XX

Con los ojos abiertos

Al maestro Pablo Guerrero

Borges, Nabokov y Lezama Lima nos dijeron, cada uno a su modo, que muchos eventos de nuestra vida atribuidos al azar son en realidad citas con el destino. La edición de este libro ha sido una cita del destino que de alguna manera cierra el círculo de la relación de Pablo Guerrero con la fotografía en Antioquia y más específicamente con la Biblioteca Pública Piloto.

Que lo acabado de afirmar es cierto, lo especifica con precisión el inteligente texto *“Instantánea de Pablo Guerrero: una vida plena en la fotografía”*, de Verónica Mejía Acevedo, páginas 8 y 9 de este libro. Allí se entera el lector del comienzo de ese círculo: “... en 1955, participa en el Concurso Exposición Inaugural de la

Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina, en la antigua sede de La Playa, en el que obtiene la medalla de plata. Gracias a esa exposición, 25 fotografías –entre ellos Guerrero– fundan el Club Fotográfico Medellín”. Para entonces, la Biblioteca cumplía apenas tres años de fundación.

Esos dos acontecimientos fueron la piedra angular del vínculo de la obra fotográfica de Pablo Guerrero con la región antioqueña, obra aún en construcción y de la que este libro es un alto en la ruta desde el cual apreciarla y valorarla de conjunto en un volumen que es a la vez sobre y de Pablo Guerrero, y al que precedió la exposición de fotografías suyas titulada *La piel al sol*, realizada en la Sala de exposiciones de la Biblioteca Pública Piloto entre octubre y diciembre de 2021, con curaduría de Verónica Mejía Acevedo.

Como es de conocimiento público, y como este libro detalla, el maestro, a la vez que ha expuesto en muchas ocasiones en diferentes ciudades de otros países, en ciudades de Colombia distintas de Medellín, en pueblos de Antioquia, y en otras salas de exposiciones de la capital antioqueña, **nunca ha dejado de hacerlo en la BPP,** como lo demuestra la simple cronología de los años en que ha expuesto en sus salas: 1977, 1980, 1981, 1994, 2009 y 2021.

A su presencia como fotógrafo, Pablo Guerrero agrega la de su participaci-

ón como colaborador en las publicaciones de la BPP, específicamente en las páginas de esta revista *Escritos desde la Sala*. A solicitud mía, como editor general, comenzó a hacerlo en el número 6, de enero de 1999, con un conmovedor testimonio autobiográfico sobre el 9 de abril de 1948 en Bogotá, que presencié cuando era un muchacho, y sobre el que les pidió a sus mayores, fotógrafos aficionados, que le regalaran imágenes del acontecimiento capturadas en sus cámaras, fotos que conservó hasta regalárnoslas para esta publicación, un poco más de 50 años después. **Hasta el momento son 13 los artículos del maestro Pablo Guerrero publicados en estas páginas;** en ellos ha rescatado fotografías, publicaciones y concursos sobresalientes en la historia de la fotografía en Antioquia. La de escribir sobre fotografía, al igual que la de maestro, ha sido entonces una faceta sobresaliente de su quehacer artístico, a la que dio comienzo como fundador y director del Boletín del Club Fotográfico Medellín durante 54 entregas.

Este libro, *La mirada al viento*, manifiesta entonces, y de la mejor manera posible, el vínculo del maestro Pablo con la región antioqueña y con la Biblioteca Pública Piloto. Por todo lo que los antecede y que en el libro tienen un despliegue más justo, el acontecimiento de la adquisición reciente del archivo de Pablo Guerrero por parte de la Biblioteca

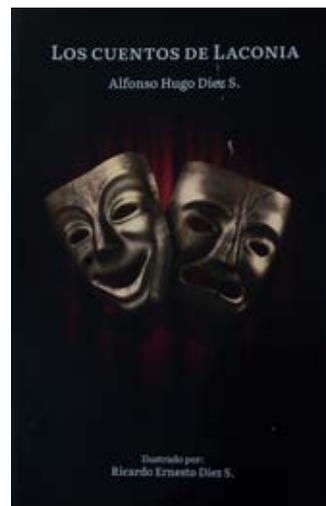
fue “apenas natural”, como dice en la Presentación del libro la entonces directora de la institución, Shirley Milena Zuluaga Cosme.

“De la mejor manera posible”, para una biblioteca como la Piloto, quería decir solo una cosa: editar un libro con una muestra representativa del conjunto de su trabajo fotográfico de décadas, muestra seleccionada por él mismo, desde luego. Y quería decir también un libro en el que la palabra escrita en lengua castellana tuviera el lugar que le correspondía como ejemplar editado por el fondo de una biblioteca, demanda que también se cumplió con una entrevista extensa realizada por Nicolás Naranjo y en la que el maestro tuvo un papel activo, no sólo con su abundante anecdotario, **sino con reflexiones fundamentadas en su visión ética y estética de la fotografía**, y en su amor por la palabra propia de “hombre de la tinta”, como llamaba bellamente Carpentier a todo aquel que cumpliera una función en el camino que va de lo escrito a pluma hasta el texto impreso en letras de molde, amor del que ha dejado testimonio en lo mucho que ha escrito, y ya mencionado de paso en esta nota, a lo que debemos agregar la publicación de textos donde fotografías tuyas acompañan poemas de Luis Carlos González y Jorge Robledo Ortiz, amor testimoniado de propia voz, como lo hizo recientemente al cerrar su intervención en la apertura de su exposición *La piel al sol*, en la

sala de exposiciones de la BPP, citando ese hermoso poema de Agripina Montes del Valle que comienza: “Hay en tierras antioqueñas...”.

Y, por supuesto, ese “De la mejor manera posible” lo cumplió la calidad de la edición, gesto de agradecimiento imperativo para Antioquia asumido por la Biblioteca Pública Piloto, con el apoyo de la Fundación MUV, COMFAMA y la Alcaldía de Medellín, para con un artista que como pocos y sin ser antioqueño de origen, se ha pasado la vida **con los ojos abiertos** para lo nuestro.

La mirada al viento: Antioquia vista por un fotógrafo del siglo XX. Pablo Guerrero, AFIAP. Textos: Nicolás Naranjo Boza. Biblioteca Pública Piloto. Medellín, 2021.



Los cuentos de Laconia

Grecia. Esparta. Laconia. Gentilicio “lacónico”, metamorfoseado aquí en atributo de escritura cuyo horizonte es la desnudez de adornos superfluos, de floresta adjetival, de sonoridad

sobrante. Y el reconocimiento de una filiación: Fernando González Ochoa, coterráneo del autor, modelo de lenguaje cincelado en distancias de todo floripondio.

De esa manera, **estos cuentos de “Laconia”** regresan el arte de contar a la pureza de su nacimiento, cuando el cargado de historias y dotado de talento contaba para entretener a los suyos al calor de las fogatas en las noches de las tribus, las caravanas o los ejércitos. Pureza de origen que es recomendable no perder de vista. No se trata de negar el crecimiento formidable que ha tenido el cuento en todas las latitudes y a lo largo de los siglos todos. Solo que bajo la enriquecedora orquestación que pueda ofrecer, todo cuento contemporáneo, por experimental y novedoso que sea, debe estar en condiciones de entregarle al lector la seguridad elemental de que se le ha contado una historia interesante, de la columna vertebral que le da su sentido más alto, que lo justifica.

El siguiente aparte del libro (el 40% restante) lo componen unas crónicas que tienen como eje personajes populares de Copacabana, excéntricos o habitantes de la calle cuyas vidas desembocaron en el río Medellín, bajo el puente colgante desaparecido hace algunos años. Tienen la fuerza de estar basadas en personajes reales de una aguzada individualidad, cuyos rasgos particulares fueron eficazmente sintetizados por

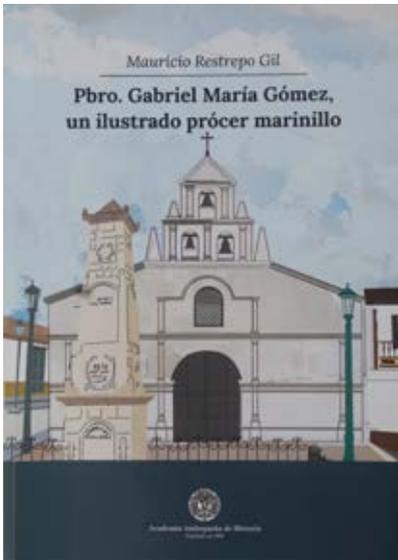
la voz narradora. **En su marginalidad aparecen como la sal de la tierra, como lo que no puede adscribirse a ningún renglón del redil**, de las falsas “buenas conciencias”, y mucho menos, desde luego, al consumismo que ahoga al rebaño. El narrador ni los condena ni “los salva”, narra su diferencia, la cuenta y la canta, sus gestos de lucidez, autenticidad, humor, y coherencia entre el decir y el hacer, entre marginalidad y soledad y pobreza, como ese “¡Y no era el Mohán!”, que para mí resume a todos aquellos *outsider* que encontraron en “el viejo puente de Copacabana” y “el muro de concreto” que lo sobrevivió, el paraíso perdido de su libertad que pagaron gustosos con la muerte “*en un país donde la soga se revienta por lo más delgado*”.

Ese eficaz muestrario de humanidades disímiles se une en igualdad de realización literaria con sus ilustres antecesores *de Al final de la calle, La calle 10, Las muertes ajenas y Los días más felices del año*, entre otras obras colombianas que les han dado cuerpo y voz a nuestros “diferentes”.

El carácter misceláneo del volumen lo reafirman en la Coda dos relatos de corte humorístico y un desgarrado poema en prosa, “Albur”, que canta el imposible y doloroso control de ese barco que es el amor en su viaje por “el impreciso mar” de la vida, vale decir por sus tormentas, porque su capitán es la ebriedad, y su cuaderno de bitácora el inevitable

inventario de un desastre. Pero ya lo dijo Faulkner: “Entre la pena y la nada, elijo la pena”.

Alfonso Hugo Díez Saldarriaga. Los cuentos de Laconia (Ilustraciones: Ricardo Ernesto Díez Saldarriaga). Librodeldía Ediciones. Impresión Panamericana Forma e Impresos S.A., Medellín, 2020.



Presbítero Gabriel María Gómez, un ilustrado prócer marinillo

“El historiador don Carlos Mauricio Restrepo Gil, con motivo de la conmemoración del Combate de Chorros Blancos, al investigar sobre la participación de los hijos de Marinilla en tan importante acontecimiento, se encontró con la figura del sacerdote Gabriel María Gómez Zuluaga, la que desde un principio lo deslumbró...”, escribe el presidente de la Academia Antioqueña de Historia, Orestes Zuluaga Salazar, en la presentación de este libro.

Ese hallazgo, relativamente fortuito, dio inicio a una sobresaliente **cacería de acopio documental para darle un sólido anclaje histórico a su personaje**: durante 15 años –en el ínterin, el autor, que no sabe de reposo investigativo, publicó otras obras– rastreó fuentes primarias y secundarias, sobre todo en las primeras, recurriendo a bibliotecas y archivos públicos y privados de importancia nacional y local, reseñados en la página 15, e incluso a conocimientos de tipo personal mencionados en la misma página.

La diferencia de este trabajo biográfico con el relato de una vida tomado en lo fundamental de fuentes secundarias, es la reconstrucción de los rasgos del sacerdote marinillo Gabriel María Gómez desde un más que abundante acopio de documentación escrita e impresa en su época, el siglo XIX, es decir, de fuentes primarias, incluyendo lo dado a las prensas por quien es tema del libro: “discursos políticos, rectificaciones históricas, acciones de gracias, exhortaciones al restablecimiento del poder y del orden” (p. 23) y hasta hojas sueltas de carácter autobiográfico.

Su quehacer multifacético (soldado a las órdenes de José María Córdoba (acontecimiento del que dejó testimonio en folleto impreso en la imprenta de Manuel Antonio Balcázar); luego sacerdote, ordenado en Mérida, Venezuela, en 1822, de donde regresó para ejercer de sacerdote

en Marinilla; coadjutor en Rionegro, cura de la catedral de Santa Fe de Antioquia, vicario general de la diócesis de Antioquia, perseguido por el gobierno central del país durante la revolución de los Supremos (de lo que dejó testimonio en folleto publicado en la imprenta de Balcázar), orador sagrado, cofundador del Colegio San José de Marinilla (1838), estableció escuelas para niños y niñas en Marinilla y El Santuario, diputado en la Cámara Provincial de Antioquia.

Ahora, **todo este quehacer intenso y múltiple, excepcional, está respaldado en el libro de Mauricio Restrepo Gil por fuentes documentales de la época**, de carácter político, religioso, pedagógico o biográfico, citadas fragmentariamente o en su integridad por primera vez desde su edición original, algunas de ellas escritas y dadas a las imprentas del siglo XIX por el mismo biografiado Presbítero Gabriel María Gómez (p. 23), incluyendo la reproducción in extenso de su testamento (págs.. 126 – 135), o por instituciones militares, civiles, políticas y religiosas, o debidas a personalidades, todo lo cual le concede un sólido fundamento documental al relato biográfico.

El autor complementa este acopio caudaloso de fuentes primarias con una contextualización de su autoría (págs.. 136 – 184) basada en reconocidas fuentes secundarias bibliográficas. En cuanto a ilustraciones, el libro rescata con criterio oportuno y

selectivo, desconocidas y diferentes tipos de imágenes tomadas de óleos, dibujos, fotos, firmas facsimilares, etc., que reposan en museos, pinacotecas y archivos.

La Academia Antioqueña de Historia realizó una edición moderna (sopladas, márgenes generosas, guardas, buen papel) de este estudio, que merece más páginas que las que aquí le dedicamos por razones de espacio, y cuyo contenido todo antioqueño consciente de su identidad debería leer porque en él se recoge buena parte de lo que somos.

Mauricio Restrepo Gil. Pbro. Gabriel María Gómez, un ilustrado prócer marinillo. Academia Antioqueña de Historia. Medellín, 2021.



La invención de la ciencia en América

Este es un libro singular por su propósito: rastrear la presencia de la ciencia en la novela histórica colombiana, específicamente en seis novelas de autores nacionales.

Y aunque en primer término está dirigido a un público lector especializado, al tanto de la historia y la filosofía de la ciencia en general, y “al tanto” desde una erudición considerable sobre el pasado y presente de esa relación y de sus conexiones realizadas y posibles en la creación literaria, tanto en el país como en América y el mundo, también lo está para el lector lego en esos campos, aquel que ha leído esas novelas buscando en ellas arte, un relato ficticio que lo maraville, que lo redima de los grises de la vida rutinaria con el interés de su historia y la eficacia de su composición y lenguaje, encontrará en este estudio una estimulante veta específica para disfrutar en lecturas futuras de éstas y otras novelas que incorporen el mundo de la ciencia como uno de sus afluentes.

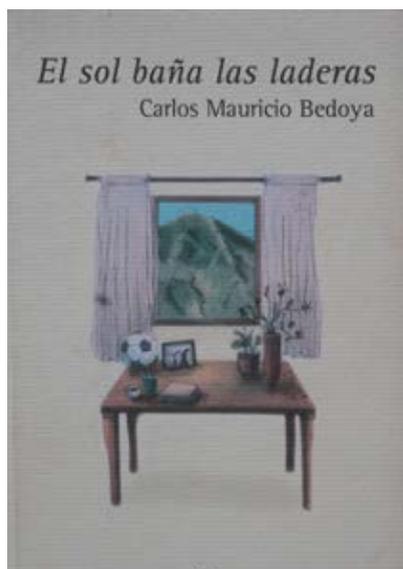
Ese lector lego, no especialmente interesado en ciencia, filosofía de la ciencia, divulgación de la ciencia en la novela americana y colombiana, y tampoco en la relación ciencia en Europa y América, y para quien la ciencia en una novela maravillosamente bien lograda como *La tejedora de coronas*, no sobresale en su lectura como un tema especialmente relevante, por encima, digamos, de lo erótico o del mundo de las ideas en el siglo de la Ilustración (que, como es sabido, comprende la ciencia), podrá encontrar en este estudio, además de lo señalado en el párrafo anterior, un encuadre de esa novela

en un cuerpo de relatos colombianos en el que la ciencia es una específica piedra de toque y con ello una ruta de lectura que le podría reportar una nueva experiencia.

Y aunque en el caso de un lector avezado de toda la vida, para quien las novelas han sido ante todo una fuente de gozo y reflexión sobre la totalidad del acontecer humano, es altamente improbable que a partir del encuentro con este estudio vaya a abdicar a favor de este favorito de que se ocupa el estudio reseñado, el trono del placer total del texto donde ha escardado gozoso siempre, si agradecerá y aprovechará en particular ese “Corpus mínimo de novelas históricas colombianas” (de paso, esa modestia del “mínimo” no le viene bien), que lo acicateará a releer y leer lo nuevo cuyas puertas no ha abierto todavía, y algo de lo sí se encontró en el camino pero frente a lo cual decidió seguir de largo.

Pero no hay duda de que, en su campo, este estudio es lo más completo con que cuenta al momento la bibliografía colombiana sobre el tema.

Jorge Escobar Ortiz. *La invención de la ciencia en América*. ITM y Universidad Nacional de Colombia. Medellín, 2022.



El sol baña las laderas

Vásquez Editores es una nueva editorial independiente en el medio medellinense y viene cumpliendo un trabajo en el ámbito literario que es obligatorio reconocer y destacar. Bajo criterios de calidad comprobables con la lectura, publica primeros libros de autores inéditos y también obras ya no primerizas porque encontrar editor sigue siendo complicado para quienes continúan en el oficio de escribir después de un primer volumen.

El autor de *El sol baña las laderas* ya había publicado narrativa con otros sellos editoriales. Este volumen agrupa once narraciones cuyo tema es lo que se conoce entre nosotros como historias de barrio, y más específicamente, de barrios populares. Veamos lo que el escritor y periodista Reinaldo Spitaletta dice del libro: “Relatos sobre las carencias, las ilusiones perdidas, la esquivada fortuna

y la muerte, andan –y acechan– en estas páginas en las que hay voces de pueblo que resuenan en esquinas y otros recuerdos. Los faltantes materiales a veces avivan los sueños. A veces, los matan. Y en medio de paisajes siniestros y entristecidos, puede irrumpir la alegría de vivir, que tiene cara de muchacha bonita y sonriente”.

Carlos Mauricio Bedoya. *El sol baña las laderas*. Vásquez Editores, Medellín, 2022.



Encuentro natural con lo sobrenatural

o

lo gótico en retortas envigadeñas

Este relato no es en lo absoluto un gesto de imitación de la llamada novela gótica europea del siglo XVIII, con su *Castillo de Otranto* a la cabeza, sino que está enraizado en la no menos abundante tradición oral colombiana, y en particular en la

antioqueña, de duendes, espantos, leyendas y toda clase de aparecidos.

En el presente caso, **el episodio que motiva el impulso para escribir esta nota arranca de una veta venerable en la cuentística europea y aun latinoamericana del siglo XIX:** la muchacha hermosa a la que el narrador conoce en un baile y a la que ofrece galantemente llevar a su casa una vez terminada la fiesta. En algún momento la “susodicha” le pide al ya pretendiente detenerse en las cercanías de unas viviendas próximas al cementerio o al comienzo de un sendero que conduce a él, detalle que el narrador en algunas versiones ignora de momento. El pobre hombre, cansado de esperarla, y entrando en sospechas de que no regresará porque “algo malo le ha ocurrido”, y tocado por un sentimiento de culpa, la busca con desespero, pero más pronto que tarde se entera de que bailó y viajó con una hermosa muerta hace años. Entonces...

Solo que **en *Encuentro natural con lo sobrenatural la dama en cuestión no es joven o bella, ni es recogida previo baile alguno:*** es Amanda Garcés, una mujer ya vieja y quien resulta paisana del narrador a la que éste le da un aventón de noche en su Renault 4 y en pleno aguacero, más exactamente cuando ya amainaba (no podía ser de otra manera: un día soleado se hubiera tirado en la adecuada atmósfera macabra que es de obligación en este tipo de narraciones

para capturar al lector), hasta unas casitas “adosadas” a la fachada del cementerio, donde el incauto y caballeresco narrador supone que vive la mencionada Amanda cuando ésta le pide que la deje ahí; por boca de su mamá se entera pocos después que le ha dado el aventón a un fantasma, pues la tal Amanda lleva años de muerta, versión que le confirma días más tarde una hermana de la difunta al final de un costurero de señoras en el barrio Boston, de Medellín

Hasta ahí todo normal en un relato gótico escenificado en tierras enigmáticas y, desde luego, creíble para un lector como quien escribe este comentario, adicto a ellos en diversas literaturas, pero también en la realidad cuando le ha dado crédito a historias sobre la irrupción de personas ya muertas en la vida de todos los días de los llamados seres “normales”, muertos con momentánea realidad corporal, mientras hacen presencia en el acontecimiento.

Pero debo aclarar que, en el caso de esta narración, mi solidaridad, léase mi credibilidad, se mantuvo durante el episodio inicial donde aparece Amanda Garcés; se enfrió, por no decir desapareció, con la irrupción de ésta en el consultorio de la psicóloga (me supo excesivo para el nivel de realidad manejado hasta ese momento, y en el que este lector se sentía bien: con esta segunda aparición de Amanda la narración salta a un plano de realidad fantástica,

opción a la que desde luego tiene derecho el autor).

Más adelante el relato recuperó para mí su encanto inicial con el episodio del niño muerto hacía muchos años en las orillas de la quebrada Ayurá, de Envigado, y con el que dos niños hermanos hacen amistad décadas después, aparición que sólo ellos ven en el palo de mango del solar, no los adultos, sean padres y sirvienta. Se me volvió a embolatar esa adhesión con la irrupción de otros muertos “no trascendidos”, especialmente con la del “señor de aspecto aristocrático”, Alfonso de la Torre y Mendoza. La aparición de este personaje es excesiva respecto de la delicada aparición inicial de Amanda Garcés y de la del niño del palo de mango.

Pero el cuerpo central del libro lo ocupan los debates en que se enzarza el narrador con las corrientes del pensamiento que en el mundo institucional del que hace parte, se resisten a concederle certidumbre a sus experiencias “sobrenaturales”.

La ciencia (incluyendo la teoría de la relatividad y la física cuántica, en las que se muestra versado), la psicología, la teología y hasta el llamado “sentido común de las gentes sencillas”, cierran filas contra él, que en absoluto se abstiene de repartirles mandobles a diestra y siniestra; imposible esperar pasividad alguna en alguien que en la página 131 confiesa: “Pero como a mí me gusta contradecir, les contaré que...”.

Y como **la literatura sirve para alcanzar lo que la vida no acostumbra regalar**, para evadirse de lo gris y rutinario de lo cotidiano, para eludirla desde la imaginación, al final todos contentos: el narrador obtiene la credibilidad del Nuncio, lo que le garantiza la continuidad en su empleo; el fantasma del señor aristocrático ve en la atención que le presta el Nuncio una luz que le permitirá entrar en “la presencia de Dios”; y el narrador, oportunidad para regalarnos un final truculento tipo Dick Turpin, Nick Carter o Doc Savage, pleno de aventura, y donde, no podía ser de otra manera, también es llamado a participar la presencia fantasmal de Alfonso de la Torre y Mendoza. Cierre coherente para una narración donde el protagonismo se lo reparten democráticamente el mundo de los fantasmas, el de las ideas y las aventuras de seres reales, en amasijo inextricable.

Emiro Díez Saldarriaga. *Encuentro natural con lo sobrenatural* (Diseño de cubierta: Santiago Emiro Díez Restrepo). Impreso en Alfa Litografía y Flexografía S.A.S. Envigado, 2019.

APOSTILLA

EXHUMACIONES FURTIVAS EN EL FONDO EDITORIAL

de la BPP



Lo viejo es nuevo y lo nuevo es viejo Y todo el jazz de New Orleans es bueno

(Álbum editado como parte de las celebraciones de los **40 Años** de la **bpp**)

Un mirador para abarcar de un solo vistazo la historia del jazz (se lee en un rato) –como se hace un recorrido por los cuadros de una exposición que nos interesa–, desde sus orígenes legendarios en los algodones y capillas del Sur de los Estados Unidos donde florecieron el góspel y los *negro spiritual*, hasta las últimas décadas del siglo XX, con grupos tan refinados como el Modern Quartet Jazz. Un álbum de escasas

73 páginas escrito por Hugo Chaparro Valderrama, fan y erudito del jazz, y diseñado por Maese José Gabriel Baena, talentoso ilusionista gráfico, en el año de gracia de 1992. Escrito y editado bajo la consigna de informar y divertir con su rico tejido anecdótico y estupendo acompañamiento de imágenes, entre fotos muy manoseadas en cuanto libro se ha publicado sobre el tema, y otras que son verdaderas novedades, al menos para el autor de esta modesta nota.

El brillo y la auténtica originalidad musical del jazz, su faceta festiva, y, desde luego, también la tragedia que ha signado su presencia en los escenarios norteamericanos y del mundo, vuelven a contarse una vez más en este relato, pero con un sello tan particular que lo diferencia en la cordillera bibliográfica jazzística que recorre todos los territorios del mundo. Imposible el aburrimiento, eso no va con la naturaleza del jazz, con las fuentes de donde manó: el canto coral religioso, las canciones de trabajo a capella en los algodones, el jolgorio festivo de los desfiles de bandas musicales, los bailes que animó desde sus comienzos y las soledades que acompañó.

El orden del libro es cronológico. Orígenes, estilos que marcaron su evolución, figuras más representativas de cada escuela y una pauta de equilibrio en las facetas tocadas que evita tanto el comentario meramente



técnico de cada lenguaje musical, sin ignorarlo; hace a un lado la preferencia autoral por unas tendencias a expensas de otras, pues en cada una señala los rasgos valiosos que la individualizaron; no cae en la unilateralidad de la leyenda negra del racismo, sin negarla, desde luego, y más en unos músicos negros que en otros, las sensibilidades difieren, no es exagerar decir que no pocos de los músicos negros terminaron destruidos por la droga, como lo sabe hasta el aficionado más tibio (“El arte doloroso: Billie Holiday”: “Soportó el hecho de entrar por las puertas traseras de los teatros en los que ella sería la estrella, tener que comer en lugares ‘sólo para negros’, incluso tener que soportar la humillación de ennegrecerse la cara con maquillaje debido a que el público pensaba que su tez era demasiado clara para una muchacha que cantaba en una orquesta de negros”), pero sin borrar tampoco la ufana militancia hedonista de otros a los que el turbión racista en medio del cual vivieron y tocaron, no les impidió disfrutar de la vida en sus componentes materiales más inmediatos y tangibles como la comida y la bebida (“El gordo entrañable del jazz: Fats Waller”: “Sus aficiones gas-

tronómicas lo llevaron a consumir, en sus desayunos, media docena de chuletas de cerdo como plato principal, y a beber, invariablemente, durante sus presentaciones, una botella de ginebra que colocaba sobre el piano (...) La consecuencia fue una obesidad cuyo peso alcanzó las 280 libras. Una figura con la que, según George Avakian, se demostraba el apetito prodigioso que siempre tuvo Fats por las buenas cosas de la vida, dentro de las que incluimos, por supuesto, su música saltarina, amable y ciertamente tocada por el genio”, al que podríamos unir en esta cita con el “virtuoso, exquisito: Art Tatum”, hermano de Waller como genio al piano, y quizá con mayor reconocimiento que éste en la época, y sin duda también hermano a manteles y botellas: “Bebió cerveza como nadie, comió con gran apetito, llegó a pesar 230 libras...”. Vivieron apenas 39 y 46 años respectivamente, sabedores tal vez de que “la tarea no es durar”, como diría muchos años más tarde el escritor colombiano Manuel Mejía Vallejo).

Ese condimento agridulce, **esa corriente anecdótica presente en todos los breves capítulos de este álbum, hace de su lectura algo entretenido, y de las mujeres y hombres de que se ocupa, algo más que músicos: seres humanos con una individualidad única.**

El criterio pluralista que animó a Chaparro Valderrama al escribir-

lo –propio de quien ha disfrutado del jazz por años, ignorando, desde luego, las diferencias raciales–, le da la merecida presencia en este álbum al jazz tocado por blancos, como la Original Dixieland Jazz Band, la más destacada de los primeros tiempos (1916 – 1924); la “Bix and his Rhythm Jugglers”, dirigida por el trompetista Bix Beiderbecke, muerto a los 28 años en olor de genialidad, “mal whisky y la peor ginebra de la época de la Prohibición...” (que no solo de los músicos negros del jazz ha sido el calvario de drogas y alcohol, se sintió obligado a dejar testimonio Chaparro), y, sobre todo, a la orquesta de Benny Goodman, que pasó a la historia –vale decir al jazz que se sigue escuchando hoy en día– por la valentía de incluir músicos negros en su orquesta blanca: para Benny, para su “estilo cronométrico, para la exactitud con la cual su orquesta lograba una entonación perfecta”, estos propósitos estaban por encima de los prejuicios racistas. Haber corrido ese riesgo le entrega una dignidad especial en la historia del jazz, pero, y esto es lo más importante según Chaparro Valderrama, su jazz salió beneficiado con la inclusión de músicos negros “que le brindarán un sonido auténtico...”. Por eso “sus grabaciones deslumbran”.

Baena, editor, no se conforma con hacer un trabajo riguroso. Aporta de una manera diferenciada al carácter divertido del libro. Hace de la porta-



dilla una marquesina de teatro que invita a ver el show, como cuando de muchachos avistábamos la entrada de los tres teatros del pueblo antes de decidirnos: “VAMPIRO RECORDS – LABORATORIOS FRANKENSTEIN – ZINESCAPE – EL CUARTO DE MÚSICA *Presentando esta noche*”: (aviso enmarcado en un cuadro de cinta de película). Luego viene la tabla de contenido: los títulos de los 36 textos breves que lo componen. Y sería algo de muy mal gusto con la memoria de mi amigo y prodigioso diseñador editorial José Gabriel Baena no reproducir la página de créditos de manera similar:

Este album fue producido por Sergio Marín Vieco y José Gabriel Baena para Vampire Records, una subsidiaria de los Laboratorios Frankenstein, en asociación con Zinescape/ El cuarto de música y la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Diseño general: José Gabriel Baena. Textos y música: Hugo Chaparro Valderrama. "Spirit in the air" e investigación fotográfica: Genoveva-La-Mar. Damas en los teclados: Claribel Chalarca, Adriana Alvarez, Jacqueline Barrera. Productora ejecutiva: Diana Lucía Ruiz. Fotomecánica: Fernando Suárez. En las prensas: Carlos Velilla, Fabio Henao, Norberto Mejía, Sixto A. Peña. Papelería y empaque: Doralba Martínez, Luz Marina Pacheco. Secretariado y buenas maneras: Nohra Estrada Aristizábal. Sostenimiento líquido: Edilma Pérez. Al volante: Javier Mondragón. Impreso y manufacturado en Medellín, Colombia, durante el sombrío verano (¿o invierno?) de 1992, "El año en que vivimos en la oscuridad". Closewritten for the hearing impaired. No disponible en Compact Book. Además de las dedicatorias oficiales, este album también se ofrece a la amada memoria de Kahla Matiz (ella sabe quién es). Finalmente, nuestros más jazzísticos agradecimientos a la Banda del Conservatorio de la Universidad de Antioquia, bajo la batuta de Marco Antonio Castro, por el concierto que acompañó la presentación de esta obra en el auditorio de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, el 31/7/92.

Lo viejo es nuevo y lo nuevo es viejo

Y todo el jazz de New Orleans es bueno

Hugo Chaparro Valderrama, 1992. Diseño por José Gabriel Baena.

Editado por la BPP.